

Ciencia y Dios

Muchos científicos han admitido, que a medida que se desarrolló el conocimiento de las leyes físicas que gobiernan el espacio y el tiempo, también ha crecido un profundo sentimiento de misterio sin revelar. El conocimiento científico puede conducir a la conclusión inevitable de que el Universo es demasiado complicado como para que la ciencia por sí sola, pueda explicarlo.

Hasta ahora, son muchos los investigadores que no han encontrado dificultad en defender que ciencia y religión caminan por derroteros diferentes. Sin embargo, a la hora de trazar una tendencia de pensamiento para las próximas décadas, muchos analistas empiezan a pensar que la perspectiva está cambiando inevitablemente.

Cada vez son más numerosos los científicos convencidos de que el Big Bang es una evidencia de que el Cosmos nació con un diseño y un propósito determinado, que la confirmación de la teoría de la evolución provee pistas sobre la propia naturaleza de un Ser Supremo, y que la física cuántica revelará la naturaleza íntima del espíritu.

También se ha dicho que la ciencia es una fuente de conocimiento ilimitada, cuando se aplica a la materia mensurable; pero, allá donde no existan cantidades para ser medidas, fracasa estrepitosamente.

No obstante, muchos opinan, que la cuestión es saber si existe ese lugar inconmensurable; mientras otros muchos están convencidos de que no existe un terreno espiritual inaprehensible por la ciencia.

Los físicos más eminentes de nuestro tiempo aseguran que la ciencia es aplicable a cualquier campo de la experiencia humana, conocido o por conocer. Suponen que las ecuaciones sobre mecánica cuántica de Schrödinger miden ranas, notas musicales o criterios morales.

De manera sutil, se advierte que la física se puede aplicar al conocimiento de objetos naturales, a experiencias tan intangibles como la música o incluso, al espíritu y a la moral.

Esa confianza en una ciencia ilimitada es la que permite a Roger Penrose, seguidor del pensamiento racional, decir que está convencido de que "una nueva forma, hasta ahora desconocida, de relatividad general, contiene una explicación plena de la conciencia humana"; o más aún, de aquello que los creyentes por fe, consideran espíritu.

Algunos están convencidos de que no sólo las cantidades lo explican todo, sino que convierten a la cantidad necesariamente, en algo real. El mundo existe en la medida en que se pueda medir, y por eso la matemática es la única herramienta que el ser humano necesita para enfrentarse a la Naturaleza.

La ciencia es la mejor herramienta para explicar todo, incluso lo que parece inexplicable, y gana con mucho, al resto de las formas de conocimiento, incluida la religión.

Es necesario recordar que a lo largo de la historia se hicieron muchas críticas al pensamiento científico.

Se dijo que la astronomía no sería capaz de explicar cómo nacen las estrellas, que la biología no encontraría el origen de las especies y que no se podría hallar una partícula más pequeña que un átomo. Todos se equivocaron.

Por eso Paul Kurtz, filósofo humanista cree que la ciencia también dará respuesta a las cuestiones que hoy se antojan incomprensibles y que caen en el terreno de lo religioso.

De hecho, la ciencia no ha tenido reparos en dirigir su foco hacia la religión, de muy diversas maneras; y el comportamiento religioso ha sido estudiado desde muchas disciplinas.

Desde la antropología, que estudia las religiones antiguas y compara sus manifestaciones; a la sociología, que investiga los aspectos institucionales como la relación entre el clero y el pueblo; pasando por la psicología, que pretende explicar los mecanismos mentales que subyacen en un acto de fe.

El problema surge cuando la ciencia se propone, por un lado, analizar la certeza de estas manifestaciones, la justificación de su trascendencia, o la existencia de una mera ilusión humana; y por el otro, cuando se pretende invocar la fe para dar explicaciones a fenómenos naturales.

Todavía existen múltiples realidades en el Cosmos, que están por descubrirse, pero aceptar lo desconocido como sobrenatural, divino y absolutamente inaccesible, es una posición que escapa a la aceptación racional.

La ciencia no puede colocarse en contra o a favor de las ideas religiosas, ni juzgar cual de ellas es verdadera o falsa; lo máximo que puede aspirar es a determinar si sus postulados coliden con los descubrimientos aceptados por la comunidad científica, si propicia el desarrollo humano y social, o si perturba su normal expresión en el camino evolutivo.

En todas las épocas, los científicos se han separado de las verdades dogmáticas, de la explicación sobrenatural y milagrosa de los fenómenos no comprendidos; pero nunca han perdido la capacidad de sorprenderse frente a la maravilla y el misterio de la Naturaleza.

La búsqueda de respuestas siempre ha estado pareja con el encuentro de lo Absoluto, pero a medida que los conocimientos avanzaron y evolucionaron, se ha comprendido que todo en el Universo, tiene una explicación natural, que no desmerece la existencia de un ser Superior.

Después de todo, el fin último del ser humano estaría en encontrar la perfección, y esto implica la adquisición del conocimiento y la superación moral.

Actualmente, el concepto de Dios se ha alejado definitivamente de los paradigmas primitivos, de la personificación antropomórfica con las virtudes y defectos humanos, y de las representaciones que están más cercanas a la humanidad física que a la esencia psíquica o espiritual.

Hay una creciente corriente de pensamiento, que desea demostrar que la explicación científica de la Naturaleza puede ser tan estimulante, creativa, mágica y encantadora, como el mito y la religión.

Algunos la llaman la Nueva Historia o historia científica del mundo, y afirman que tiene claras ventajas sobre el resto de las explicaciones religiosas o metafísicas; primero, porque sirve para explicar los fenómenos naturales, es refutable y su certeza se comprueba cada vez que un científico trabaja en el laboratorio; y segundo porque es universal, ya que aunque nació en la cultura occidental, es hoy, patrimonio de todos los pueblos que sustenten el progreso de la ciencia moderna.

Pero, lo más importante es que sirve para conectar al ser humano con todos los elementos del Cosmos, para dotarlo de responsabilidad sobre su vida y su destino, y para revelar un Universo de increíble complejidad, belleza y grandeza.

De esta forma, se podrá celebrar la presencia de un Ser Creador, cuya esencia íntima nos es imposible conocer y describir; y adorarlo con las expresiones más poéticas de cada acervo cultural; pero sólo esta Nueva Historia de la ciencia servirá para interpretar el mundo y anticipar su futuro.

En este controversial terreno de una ciencia casi trascendente, se mueven cómodamente todos aquellos que por experiencia personal, se resisten a renunciar a ser científicos y religiosos a la vez; porque tal como muchos de ellos afirman, la investigación, la comprobación y la reflexión, torna más razonable la existencia de Dios, que las posiciones contrarias.

No se trata de la imagen de Dios, infantil e ingenua, propia de una interpretación primitiva, sino de un Ser que existe como fundamento de todo.

Este concepto de Divinidad permite asegurar que no hay ningún antagonismo entre las leyes naturales y la existencia de Dios, porque esa Causa Primera no hace, no crea, no interviene; simplemente es el fundamento del Universo, lo que otorga más razones para creer que para negar, aunque la razón sea insuficiente aún, para abarcar su realidad íntima.

Crece cada día más, el grupo de científicos que no suscriben ninguna religión convencional, porque no pueden avalar dogmas, supersticiones y creencias falsas, pero niegan que el Universo sea un accidente incuestionable.

Al contrario, opinan que el Cosmos está ensamblado con una dosis de ingenio tan sorprendente, que no se puede aceptar como un hecho fortuito, y se le debe adjudicar un nivel más profundo de explicación; al que se le puede dar el nombre de Dios, u otro cualquiera que la humanidad haya inventado.

Así mismo, algunos opinan que los recientes hallazgos sobre el Universo encajan a la perfección con una idea de Dios creador, en forma de una Inteligencia Superior que se ha encarnado o realizado en la materia física, por medio de las leyes naturales.

Numerosos biólogos evolucionistas han llegado a la conclusión de que los prejuicios religiosos son funestos, pues el Universo es ya bastante difícil de comprender sin necesidad de introducir en él, misterios superfluos; y es genuinamente misterioso, bello e imponente, frente a la endeble visión cósmica de la religiones tradicionales, que presentan un Universo estrecho y limitado, propio del pensamiento medieval.

Como es de esperar, estas posiciones encendieron profundas polémicas; pero definitivamente, concuerdan con la labor cotidiana en los laboratorios, que consiste en buscar respuestas a las grandes preguntas de la Naturaleza, sin acudir a nada que pueda ubicarse fuera de ella.

Daniel C. Dennett, considerado uno de los grandes filósofos vivos, ofrece una clave para la convergencia. Observa que la totalidad de los científicos y filósofos no son ateos, a pesar de que la imagen de Dios que

sustentan, no sea antropomorfa ni todopoderosa, aunque siga siendo merecedora de adoración y capaz de dar consuelo y significado a la vida.

Mientras tanto, otros buscan fundamento para sus elevadas preocupaciones, en filosofías completamente seculares, e interpretaciones del significado de la vida que evitan caer en la desesperación, sin otro recurso que la del propio Universo como Ser Supremo.

Para estos pensadores que algunos llamarán ateos, existe algo sagrado aunque no lo llamen Dios, sino Vida, Verdad, Bondad, Inteligencia o Amor; en otras palabras no creen en Dios, pero sí en su "fundamento creador".

Al final del camino, ambas tendencias confluyen y comparten, a pesar de las diferencias en sus creencias, la convicción de que la vida tiene un significado, de que la bondad y el progreso tienen importancia, y de que la evolución hacia el conocimiento, la comprensión y la verdad, son la meta de todo.